3





La revista NADA está editada por marginales, cínicos, nihilistas, hedonistas, epicúreos, perdedores, cretinos y maleantes. No pretendemos concienciar sobre ningún asunto, no queremos convencer a nadie, ni siquiera ganar adeptos. Esta es una publicación libre donde cualquiera puede participar, aportar o fusilar cualquier tipo de texto que derribe cualquier idea dominante o preconcebida.

No tenemos ideología, no creemos en los dogmas ni en los paquetes de valores. No queremos enseñar ni adoctrinar, sólo aprender.

Dirección blog:
RevistaNADA.blogspot.com

Email de contacto:
revistanada@yahoo.es



ÍNDICE



Manifiesto autodeterminista

Secta Nihilista

Venir al mundo es una decisión ajena impuesta por la voluntad de otros. Durante nuestra infancia y adolescencia no estamos capacitados para ratificar esa decisión ni imponer nuestra condiciones. Las personas nacemos por decisión de otros en un determinado entorno físico, familiar y social, dotadas de unas características genéticas concretas, que es la parte de esta situación que jamás podremos cambiar. Pero de ahí en adelante podemos modificar y decidir sobre nuestra vida ya que nos pertenece en exclusiva.

No hay voluntad ajena -ni de otro individuo ni de la colectividad, ni impuesta por la tradición, ni por las creencias culturales, místicas o políticas predominantes- que merezca una consideración moral más alta que nuestra propia volutnad ni hay, por lo tanto, restricción alguna al ejercicio de nuestra libertad que cuente con una legitimidad natural.

La mayoría de personas nunca llegan a ser conscientes de su soberanía, de su derecho a la misma ni de la enorme invasión de ésta que padecen. Pero las personas, por si mismas, son seres inteligentes y capaces de autogobernarse. El derecho a hacerlo es natural y su rango *moral* es siempre superior a cualquier imposición externa.

Creemos que cualquier persona, en cualquier momento de su vida, tiene toda la legitimidad para reconsiderar y modificar todo aquello relativo a sí misma y a su vida que de ella depende, incluido el propio hecho de existir. Esto le faculta para tomar cuantas decisiones desee sobre su persona, su cuerpo, su mente y su aceptación o rechazo de cualquier valor, su nombre, su relación con los demás y su forma y estilo de vida. No tomar decisión alguna, como hace gran parte de la población, es también una decisión, aunque la mayoría no sea consciente. Los que por simple inconsciencia, por inercia cultural o por desidia se dejan llevar por el statu quo en el que nacieron y fueron educados están también ejerciendo una opción.

Durante siglos se nos ha enseñado y adoctrinado desde las más diversas filosofías e ideologías -desde el cristianismo y el judaísmo hasta el islam, desde el fascismo a la socialdemocracia y desde el comunismo hasta el conservadurismo- que las personas viven en función de la comunidad a la que “pertenecen”, que deben asumir sus valores, tradiciones, reglas. Obedecer.

El "altruísmo", la afirmación del "otro", se nos impone desde el colegio hasta el asilo y desde los púlpitos de la iglesia, las tribunas de la política, los medios de comunicación, la paternal institución de la familia o las más diversas organizaciones humanas, pero siempre con el objetivo, consciente o no y a veces incluso bienintencionado, de someternos.

Toda forma de limitación del poder de la persona sobre sí misma, sobre su vida y sobre sus decisiones es ilegitimida en origen. Aunque todas las demás personas del planeta estuvieran plenamente de acuerdo en imponer a un individuo ciertas limitaciones, seguiría siendo moralmente superior el derecho natural de ese individuo a no acatarlas mientras no limite la libertad a otros. Sabemos que los humanos son seres gregarios, que necesitan relacionarse con otros individuos para llevar una vida medianamente soportable, pero también sabemos que las normas de convivencia han sido históricamente dictadas por el poder y la autoridad (religiosa, política, cultural, económica, etc.) y por lo tanto no parten de una legitimidad primaria. Acatar irreflexivamente normas que limitan el autogobierno personal es también ejercer una opción: tal vez la más cómoda para la mayoría pero también la más dolorosa y humillante para algunos de nosotros.

En su camino hacia la supuesta libertad, una humanidad temerosa y débil ha optado por conquistarla a fuerza de decretos y burocracia, a golpe de Estado y policía, mediante un poder casi irrestricto para los gobernantes a cambio de un trato rara vez benévolo y a través de la implantación de sistemas de autolegitimación democrática que han servido para glorificar el ejercicio del poder y, por ello, para seguir invadiendo el ámbito de decisión de las personas.

Mucho se ha escrito sobre el contrato social entre gobernados y gobernantes, con

frecuencia para ensalzar las virtudes de un sistema más teórico que práctico que parece casi diseñado para tranquilizar a las personas mientras se les usurpa su poder de autogobierno. Mediante el contrato social las personas deben someterse al poder de las masas y de su Estado. Se nos ha enseñado a aceptar sin rechistar lo que el poder nos ordena o prohíbe, porque quienes lo ostentan actúan "en nuestro nombre", están "legitimados en las urnas" o responden a la voluntad de la mayoría.

Nosotros nos sentimos facultados para hacer absolutamente cuanto deseemos. "Hacer" incluye por supuesto el "no hacer". La libertad de cada uno no termina donde empieza ese eufemismo que es "la de los demás" que sirve como excusa para que las élites interpretadoras hagan y deshagan a su antojo, sino que termina exactamente donde comienza la inalienable soberanía individual de otra persona concreta, real y determinada.

No tendremos a quien idolatrar ni a quien demonizar si nosotros somos nuestros únicos dueños, si nosotros somos, conscientemente, los responsables de todo lo bueno y de todo lo malo que nos suceda, si nosotros razonamos y decidimos con todas las consecuencias, si en definitiva somos libres y no tenemos sino una consciencia plena de nuestra condición de personas, de individuos de una especie animal, únicos y autoposeídos. Ser libres, ser soberanos, es decir, ser plenamente humanos. Quienes no quieran aceptar el reto, sean mayoría o no, están en su derecho de no hacerlo, pero no de imponernos a nadie más las consecuencias filosóficas y políticas de su miedo a la libertad.

Por todo lo expuesto, proclamamos nuestro derecho total e inalienable a la autodeterminación y en ejercicio de la soberanía personal que poseemos, presentamos ante el resto del mundo nuestra declaración de independencia. Así, por la presente, afirmamos que no reconocemos ningún poder ajeno en nuestras vidas.

ACERCA DE LA INOCENCIA ORGANIZADA

Adilkno

"Cuando la reflexión alcanza el infinito, se restaura la inocencia"

Heinrich von Kleist

Con el surgimiento de la mediocridad privilegiada, la vida inocente se hizo accesible a las masas. Los don nadies dejaron de ser parte de una clase que luchaba por alcanzar fines históricos como la revolución o el fascismo. Se ha entrado en una era fría, exenta de pasión. Mientras en el exterior las tormentas rugían y a un cambio seguía inmediatamente otro cambio, la vida privada quedaba en punto muerto. El tiempo debía seguir su curso, a pesar de la historia, la moda, la política, el sexo y los medios. Los inocentes no rechistaban, despreciaban el inconformismo. "Que sea lo que haya de ser".

La gente normal se veía a sí misma como una pieza de la maquinaria y no les avergonzaba reconocerlo. Se aseguraban de que los trenes fueran puntuales y regresaban a casa a la hora de la cena. Como sustitutos de las antiguas demarcaciones de casta, sexo y religión la inocencia introdujo conceptos falsamente esperanzadores como la tolerancia, el aperturismo y la armonía. El positivismo se convirtió en un estilo de vida. La crítica positivista se utilizó en la reconstrucción de la política y la cultura. La gente pasaba buenos ratos, estaba ocupada, atareada y dinámica y sobradamente empleada. Reinaba una visión simple y clara de la realidad. Decir inocentes no era lo mismo que decir Buenos, ya que los inocentes, sencillamente no se enteraban de nada, aunque no por ello estaban exentos de valores. No estaban hechos para delinquir. Así se convirtieron involuntariamente en objetivos de las estrategias del Bien y el Mal.

Estamos hablando de una vida sin drama, sin inmediatez, sin 'Entscheidung' (decisión). Nada se pondrá jamás al rojo. Nunca habrá que tomar decisiones sobre nada. No hace falta escapar para ser sólo tú. "No rompáis el equilibrio". Los inocentes se regocijan con los rituales diarios, que son su fuente de felicidad. Una lavadora que no funciona es suficiente para desquiciar a un inocente: "este cacharro tiene que funcionar". El conflicto con lo material proviene de que lo material siempre se rompe, se estropea, funciona mal y, en general, se comporta de modo extraño y no se puede reemplazar así

como así. El consumo desenfrenado conlleva la promesa de que, de ahora en adelante, no volverá a suceder nada. En esta existencia imperturbada el lujo resulta tan natural que pasa desapercibido. La conciencia inocente se distingue por su aire de primitivismo entumecido que evoca un universo donde la irritabilidad de los individuos puede estallar sin previo aviso: una y otra vez los semáforos, los atascos y los retrasos, los engorros burocráticos, el mal tiempo, los ruidos de las obras, las enfermedades, los accidentes, los invitados y los incidentes inesperados constituyen una agresión contra la existencia inocente.

A pesar de todo, uno se ve atrapado en acontecimientos inesperados. Esta actitud de concentración en el trabajo y en los asuntos profesionales que huye de toda distracción elimina cualquier riesgo y relega la categoría del criterio único a la dimensión de lo alcanzable. El súmmum de la felicidad son el porno light, una moto, un coche nuevo de precio medio, una casa propia con hipoteca, algún hobbyinteresante, ir a los clubs, los niños, una fiesta a todo tren por el cumpleaños de familiares o amigos, los clubes literarios, las tarjetas de navidad, los bordados de punto de cruz, la ikebana, la jardinería, la ropa limpia, crear una biosfera adecuada para las mascotas y las plantas de interior, los conejillos de indias, el conejo en el patio, las palomas en el ático, los destinos para las vacaciones, las cenas en restaurantes, la teleadopción a través del programa de acogida de niños, una charla con los amigos para ponernos al día sobre las últimas noticias o nuestro carné de Greenpeace.

Este ideal de vida inmaculada y sin alteraciones se caracteriza por la entrañable pretensión de ser el objetivo de, literalmente, todo el mundo. La inocencia está siendo tratada continuamente por doctores, terapeutas, esteticistas, acupuntores y mecánicos. A la inocencia le gusta someterse a reparaciones constantes. Considera que es su obligación desarrollarse y, si es necesario, que se la reeduque. Se acude a cursillos, se participa en las sesiones de adilkno, se visitan teatros, salas de conciertos, expos, se leen libros, se siguen las rutas de senderismo en los bosques y se practican artes marciales. La inocencia como derecho humano universal abarca por igual a animales, plantas, arquitectura, paisajes y expresiones culturales. Esta es la condición con la que en última instancia se puede salvar el mundo: una condición ni utópica ni fatalista, sino inalterablemente funcional.

Las campañas publicitarias que sirven de banda sonora para este estilo de vida apelan a la alegría infantil de ver cómo se premian nuestros logros. Escenas de padres sonrientes que se pueden permitir absolutamente todo. Referencias a las circunstancias autoritarias bajo las que se educa a los niños y bajo las que alcanzan la madurez y aprenden a hablar. La inocencia presupone la seguridad que ofrece esa burbuja protectora que forman la estructura familiar, el colegio, la empresa y el club de deportes.

Bajo el 'capitalismo infantil' (Asada), se tientan nuestros deseos con la oferta de una existencia segura. Si demostramos nuestra buena conducta se nos garantiza que los cambios que ocurran en el mundo exterior no provocarán ninguna catástrofe. La rebeldía se castiga y es casi completamente inútil. El hogar incorpora un oasis fortificado. Los demás son exactamente iguales a ti y si te mueves de celda en celda te da la impresión de que la vida es genial. Las sorpresas sólo se permiten entre constelaciones cercanas. La única excepción (bajo control) a la regla es el enamoramiento apasionado.

En el ámbito del sexo todavía se puede esperar que se produzcan agresiones, con todo lo que conllevan. Por eso el anuncio por palabras es un medio tan inocente, que nada tiene que ver con la prostitución ni con el declive moral. El momento clave de toda existencia inocente es el día de la boda: el día más feliz de nuestra vida. El matrimonio es el único momento en la vida en que los don nadies de ambos sexos se pueden vestir con todos sus ornamentos y exhibirse sin reparos ante el mundo. El vestido de novia hecho especialmente para la ocasión, el rojo o el blanco que se llevan a la vista de todo el mundo, el ramo de novia, los zapatos del novio, la orquesta en el jardín, el carruaje o el descapotable, los espectadores entusiasmados, el histórico salón de bodas, el discursito conmovedor del cura, el aplauso, todo el mundo puesto en pie, los regalos, la cena en un restaurante de moda, la celebración hasta altas horas de la madrugada: no se escatima en gastos ni en esfuerzos para crear un entorno en el que todo el mundo acaba muy borracho pero nunca llega a hacer el ridículo más espantoso. Un día para recordar con horror el resto de nuestras vidas, pero totalmente imposible de olvidar, una herida en tu vida, un tatuaje mental que te infligen sin contemplaciones los miembros de la familia. Miles de parejas conviven sin haberse casado con tal de no tener que enfrentarse a todo

esto. La presión de saber que no hay opción salvo dejar que todo funcione a la perfección de modo que, a pesar de ese perfecto funcionamiento, se elimine completamente la posibilidad de pasarlo bien. La mayor tristeza viene la noche anterior, la mayor alegría llega con la noche de bodas. A partir de ahí todo son refugios seguros.

Como hasta cierto punto la inocencia no es más que defensa, no puede permanecer neutral ante las continuas amenazas externas de que es objeto (ladrones, violadores, piratas informáticos, falsificadores, incestuosos, psicópatas, bacterias, misiles, nubes tóxicas, extraterrestres, etc.). Tampoco puede invocar la curiosidad infantil sobre lo que acontece en el mundo exterior. La capa protectora de la inocencia refleja cualquier amenaza surgida de su entorno y le da un aura de organización. Se cree que todos (la mafia, los jóvenes criminales, los conspiradores, las sectas, los cárteles de drogas, los bandidos, los piratas) acechan la inocencia de la mediocridad. Son fantasmas omnipresentes. Antes de que te des cuenta puedes estar involucrado en un fraude, ser víctima o ser culpable de uno. La inocencia, que desea desesperadamente mirar a otro lado, hacer como que no se entera, parece a punto de sucumbir.

La ignorancia puede ser un error fatal; una estrategia más práctica podría ser la de localizar y canalizar los ataques. Si se reparte a todos los individuos una garantía electrónica de inocencia, tarde o temprano cualquier malhechor podría encontrarse en una cárcel especializada. De hecho, la inocencia no debería precisar legitimación, todo este registro y vigilancia no hace sino desgastar su aura. Potencialmente todos somos inmigrantes ilegales; aunque se demuestre lo contrario seguimos constituyendo un factor de riesgo. En la actual fase, refugiarse en el anonimato de lo cotidiano se convierte en algo más peligroso y menos recomendable. La neutralidad, que aparenta ser un aislamiento voluntario, acaba por convertirse en una exclusión grotesca. Los que no están perfectamente comunicados difícilmente pueden apelar a la compasión de la inocencia organizada.

La inocencia organizada está obsesionada con el mal, lo observa, lo analiza y lo clasifica con el fin de superarlo por completo. La inocencia existe porque aparenta ser lo contrario. Una persona no puede confesar su inocencia, cada confesión conlleva culpabilidad, cualquier gesto es una pose falsa propia del bien mismo. Desde el principio se informa a todo el mundo, todos

lo sabemos todo acerca de los demás y existe un acuerdo tácito de que sobre algunas cosas más vale no hablar. Los inocentes son discretos y no se adentran en terrenos prohibidos (el poder, el deseo, la muerte). Estas fronteras no se violan. Las vacaciones pueden ofrecer algún tipo de compensación, pero cada cosa se hace a su debido tiempo.

Los familiares cercanos son los que nos irritan más. Son vecinos parsimoniosos, niños ruidosos, extrañas parejas. Los primeros roces se convierten en símbolos a los que siempre podemos echar mano. Estudiamos a los otros con desconfianza, con una forma de vigilancia que es imposible sancionar ya que la interacción mediante la cual se definen las normas ha dejado de existir. La normalidad ya no puede definir lo que es aberrante. Sólo las alteraciones relacionadas con el consumo de drogas, los distritos caldo de cultivo de la prostitución, los centros de viajeros y de refugiados pueden provocar que, ante el temor al declive del valor de la propiedad privada, los ciudadanos se unan temporalmente en muchedumbres airadas. Esta resistencia del vecindario no tiene un móvil ideológico, nunca se vislumbra una base común desde la que formular ideas que se puedan transmitir. Tus vecinos hacen aeromodelismo, mientras que tú prefieres a Pierre Boulez: no hay sitio para el intercambio de ideas. Lo que nos separa no son sólo las vallas de nuestros jardines. Por ello, también carecen de sentido las acusaciones de racismo o discriminación. No existe un orden moral que pueda degenerar en fanatismo.

Los estereotipos se confunden. Nadie sabe el aspecto que puede tener un judío ni cómo distinguir a un turco de un marroquí (‘Todos los turcos responden al nombre de Ali’). Las otras características no se recuerdan porque nosotros mismos no somos conscientes de nuestra propia identidad. A eso nos ha llevado tanta corrección política en la publicidad, en las campañas de información del público y hasta en las recetas de cocina. Una sociedad multicultural es el choque entre los ciudadanos sin personalidad y los herederos de la identidad. En la relación del inocente con el Otro venido de fuera siempre se produce un malentendido básico. El concepto de diferencia cultural se acepta con gran entusiasmo. Se supone que estas culturas funcionan con el mismo tipo de aislamiento con el que funciona la nuestra. ¿Quién querría visitar una vida anodina como la nuestra, que culmina en una igualmente confortable soledad? La tolerancia no es más que envidia de la sencillez del otro. Las

celebraciones de los viernes no se consideran atrasadas en el sentido puro de la palabra (como en su día lo fueron las reformistas) sino como prueba de devoción y fidelidad a sus creencias, características con las que nosotros ya no contamos. Los suburbios son politeístas: se cree en todo. Hay más que lo que se enseñó en el colegio pero, ¿qué?.

Buscando encontramos, pero nos sigue angustiando la perspectiva de lo que se nos pueden presentar: gurús, piedras curativas, apariciones celestiales, vudú y encuentros se nos escapan sin que tengamos la oportunidad de compartir las experiencias. Por un momento tenemos la impresión de que están pasando bastantes cosas, de que el mundo que nos rodea está lleno de relaciones profundas, de promesas y de un porvenir optimista. Pronto nos encontramos solos con todos los atributos que hemos adquirido para la experiencia transcultural, esa cazadora que compramos juntos, ¿te acuerdas?, la agenda vacía y los álbumes de fotos de vacaciones.

¿Hay algún principio macrosocial que nos sirva de orientación y haga desaparecer todo este patético sufrimiento humano, que alivie nuestra confusión? ¿Dónde están los constructores de esta nueva situación? ¿Entre nosotros y rodeándonos? El refugiado, como portador de la cultura, puede resultar profético. En última instancia, son los refugiados quienes nos devuelven nuestra espiritualidad exiliada, esa espiritualidad que tanto perseguimos en occidente.

Podemos perder la inocencia si cometemos un crimen, si participamos en una sesioncilla de sadomasoquismo, si nos unimos a un club de moteros, si nos decantamos por el arte o intentamos pasar desapercibidos, pero el submundo de las diversiones no nos consuela. Por último otra opción, muy de moda últimamente, es decantarse por la guerra o el genocidio. Sin embargo, no podemos escapar al conglomerado y sus dictados. La bici de montaña, la camiseta, la ropa de Olilly, los juegos de ordenador, las pintadas, las pegatinas de los coches, los spoilers, la gorra, la ropa informal, la gomina, todos éstos son 'objets nomades' de la Europa de Jacques Attali, una Europa que se dirige a una uniformidad estilizada. No existe un elemento opuesto a la inocencia que pueda negarla o compensarnos por ella.

Lo único que la inocencia no soporta son los aguafiestas. Este proceso de descomposición dentro de la normalidad no nos ofrece una alternativa y no se rebela, ni siquiera expresa

nada. A través suyo la inocencia sólo se agota. No se puede estar chispeante y alegre todo el día, siempre fulminando la suciedad a nuestro paso mediante el pensamiento productivo. La inocencia no corre peligro de desaparecer ni con la revolución ni con la reacción. Sólo puede debilitarse, sucumbir a la pobreza y lentamente desaparecer de nuestra vista, como si hubiese surgido para desgastarse. Las relaciones sentimentales estables se resuelven encargando un vertedero al que arrojar la inocencia acumulada, con el fin de comenzar de nuevo más limpios y animados tras el proceso de redecoración interna.

La generación anterior, con la politización de lo privado, consiguió deshacerse de parte de nuestra inocencia, pero ésta se ha reagrupado con nuevo ímpetu y ahora ha lanzado a rockeros grunge, a miembros de la generación X, a adeptos del trance y a otros grupos de jóvenes a la búsqueda inútil de una base firme contra la que reaccionar con un formato que no sea la moda o los medios, últimos modelos organizativos de la inocencia. El gobierno mismo muestra ahora con la mayor expresividad su oposición contra el sexismo, el fascismo, el problema de los sin hogar y en general cualquier cosa contra la que se opondría cualquier rebelde bienintencionado. La única cosa que les queda a las nuevas generaciones de inocentes para desahogar su ira son todas las manifestaciones de la propia inocencia. Es material suficiente para servir de sustrato común a un grupo social enorme, que empieza a trabajar con distintos temas con el fin de descubrir un terreno común a todas las divisiones. Boicotear a las compañías de seguros, arrasar tiendas de ropa de niños arrogantes, quemar las innecesarias tiendas de regalos. ¡Tenemos todo un paraíso consumista por destruir! Pero no nos emocionemos demasiado. Se nos disolverá la inocencia, veremos cómo se acalla.

¿Qué tal si ni lo mencionamos?

IDEA DEL NIHILISMO

Diego Tatián



¿Es el nihilismo una "idea"? ¿Es una condición cultural? ¿Un estado de ánimo? ¿Un conjunto de fenómenos que emergen y que antes, muy poco antes eran inexistentes? Los jóvenes se drogan, los niños llevan armas a los colegios, los políticos roban -y no sólo los políticos, pero el lugar de la política es significativo puesto que hasta hace no mucho se autoconcebía como el lugar del "sentido, el lugar en el que los hombres encuentran un sentido, individual y común"-. Todos estos fenómenos y otros -en principio completamente heterogéneos entre sí- como destruir el planeta por ganancias, suicidios religiosos masivos, avidez de consumo, materialismo, desinterés por lo que no tiene valor de mercado (por el "espíritu"), adolescentes que se pintan el pelo y se emborrachan en vez de dedicar el tiempo a la lectura y la instrucción, todos estos elementos son, por así decirlo, homogeneizados, puestos en relación, y se pretende que ellos describen la esencia de nuestra condición cultural. Esta trama de fenómenos es lo que pareciera invocar el nombre de "nihilismo". Concepto que concierne también a una especie de descreimiento y una falta de horizontes. Las creencias no son algo que se tiene sino algo que somos, algo que nos constituye casi biológicamente, que nos son transmitidas como se transmite una información genética y nos inserta en un conjunto de costumbres -en un mundo, en sentido fenomenológico- muy anteriores a nosotros mismos. Ese descreimiento, entonces, lo es de lo que podríamos llamar "valores" que valían en el pasado; la falta de horizonte o de perspectivas, en cambio, remite a una desaparición del futuro: quedaría entonces un presente desarraigado y sin porvenir, que inhibe cualquier iniciativa constructiva y deja el campo libre para la rapiña y la destrucción, propia y de los otros.

Nihilismo es una palabra que, en la representación corriente, oscila entre la apatía y la violencia, entre la indiferencia y el

egoísmo, entre el derrotismo y el desenfreno. Apatía por la marcha de las cosas, indiferencia por la suerte de los otros o derrotismo que sume en la pasividad. Nihilismo sería una curiosa mezcla de relativismo e intolerancia.

Pero salgamos por un momento de esta noción -más adelante volveremos de nuevo a ella- e interroguemos la palabra de otro modo. El vocablo “nihilismo” no es tan viejo, más exactamente tiene una pequeña historia de doscientos años. Fue empleado por primera vez en 1799 en una carta de Jacobi a Fichte en la que se califica al idealismo de nihilismo (el idealismo, decía Jacobi, nihiliza, vuelve “nada” todo lo que está más allá de las ideas, esto es, el mundo mismo). En el siglo XIX, la palabra nihilismo tiene una elaboración muy particular en la literatura y en los movimientos sociales de Rusia. El término se aplicó a los jóvenes radicales que repudiaban el cristianismo y consideraban a Rusia como una sociedad atrasada y opresiva a la que había que transformar mediante la revolución (p.ej. Chernishevski). El nihilista de ficción paradigmático es Bazarov, protagonista de Padres e hijos (1862), la novela más importante de Iván Turguéniev. Los conservadores rusos, de orientación eslavófila, consideraban que el nihilismo destruiría cualquier posibilidad de existencia social ordenada y determinada. También los narodniks (populistas), que en la década de 1870 promovieron una importante revuelta campesina, fueron considerados nihilistas. En un ensayo sobre Pushkin, Dostoievski define también al nihilismo como la actitud que reniega del suelo natal, que abjura de la vieja Rusia.



Pero será la acepción que Nietzsche imprime al concepto la que resulta decisiva para la comprensión del proceso que denota. A partir de entonces, el vocablo “nihilismo” no tendrá un estatuto de mero anti-valor, sino que más bien remitirá al derrumbe objetivo,

histórico, de todos los conceptos fuertes que en la tradición tenían poder normativo sobre la vida humana y sobre el mundo. La palabra registra en este caso la pérdida de soberanía de lo suprasensible y de todo aquello capaz de establecer un orden, indicar un fin, proporcionar un sentido. Este proceso histórico resulta de un evento que sólo muy lentamente se deja aprehender y al que Nietzsche aludió con la frase "Dios ha muerto". Esta frase es algo extraña, en un cierto sentido autocontradictoria. ¿Cómo Dios puede morir? Si Nietzsche hubiera dicho "Dios no existe" no habría mayores dificultades puesto que estaría expresando de ese modo, con esa proposición, lo que nosotros llamamos "ateísmo". Pero la proposición que funciona aquí como esencia del nihilismo no es "Dios no existe" sino "Dios ha muerto" (Nietzsche utiliza también, en otra parte, una metáfora muy pregnante: "el desierto crece"). Hubo un tiempo, parece decirnos aquí el filósofo, hace mucho o poco, no importa, en que Dios existía. Pero ahora ya no existe más, "ha muerto". Con lo cual más que una tesis teológica de principio (como sería por ejemplo "no hay Dios"), lo que aquí se hace es describir un proceso, un acontecimiento histórico, algo que acaece, algo que nos sucede a nosotros y que por tanto es nuestro problema (también la otra proposición, "el desierto crece", expresa la idea de un proceso, de un desarrollo, o más bien de una devastación, que se expande). El "Dios" al que alude Nietzsche es sin duda el dios cristiano, pero no únicamente. Es también lo suprasensible, el Fundamento, los ideales, las normas, los principios, los fines, los valores, todo aquello capaz de proporcionar finalidad, orden y sentido. Es el dios de los filósofos, el socialismo, la felicidad del mayor número, la paz perpetua.

El hecho de que la palabra nihilismo sea relativamente nueva y de que indique un proceso nos permite comprender algo respecto de su significado. Proviene, naturalmente de nihil, "nada". El nihilismo podría ser considerado como una "teoría de la nada". Pero la nada es un concepto filosófico tan antiguo como la filosofía; se recordará el Poema de Parménides, cuya proposición esencial sienta las bases para el pensamiento posterior: "el ser es y la nada no es". Sin embargo, los mayores pensadores del nihilismo en nuestro siglo -me refiero a Nietzsche y a Heidegger- hacen un uso anacrónico del término, refiriendo con él la lógica escondida que ha tenido la historia entera de eso que llamamos Occidente. No obstante ser reciente como término, el nihilismo es lo que secretamente habría

presidido el despliegue de Occidente desde Platón en adelante. Según esta reflexión, el nihilismo se plantea entonces no sólo como un concepto de crítica de la cultura sino también como una clave hermenéutica de primer orden. Nada tendría que ver con una posición adoptada por alguien libremente, ni con una opinión privada como ser "socialista" o "idealista", "utilitarista" o "escéptico". Nihilismo no designa ni para Nietzsche ni para Heidegger una opinión entre otras opiniones, por ejemplo la de alguien que cree que la nada es la esencia de todas las cosas y de la vida. Nihilismo es una "ley", es la "ley fundamental" de Occidente o también, es la esencia de la metafísica que aparece como tal -que puede ser pensada- en el momento en que ésta llega a su consumación, es decir, cuando ha agotado sus posibilidades esenciales y el ser se desoculta como técnica y como nihilismo. Hay en el pensamiento de Heidegger una conexión estrechísima entre nihilismo y técnica pero esto no quiere decir que la gente se ha vuelto nihilista porque sólo se interesa por los bienes materiales que produce la técnica ni nada por el estilo. La técnica no es principalmente un instrumento con el que nosotros tenemos dominio sobre la naturaleza -es evidente que también es esto, pero no es lo que importa aquí-; pensada en su esencia, la técnica es una manera en que las cosas aparecen, un modo de desocultamiento que lleva al extremo lo que Heidegger llama el "olvido del ser", y, paradójicamente, la omnipotencia, la vigencia hasta el paroxismo, del Principio de Fundamento, del Principio de Razón Suficiente. En este desocultamiento técnico sólo cuentan los entes y "del ser como tal ya no queda nada".



Pero en este planteo se advierte claramente una paradoja. Si la técnica es la vigencia extrema del Fundamento y de la Razón Suficiente -si la técnica puede dar cuenta de todo lo que es y de cómo es en virtud de su causa-, ¿por qué entonces Heidegger la

asocia con el nihilismo, que en principio es la experiencia de la falta de Fundamento de todas las cosas, de la sinrazón y del sin sentido? En el mundo de la desocultación técnica no hay lugar para la nada, es el mundo del dominio sobre las cosas existentes y de la infinita producción de las no existentes. ¿En qué sentido entonces se opera esta equivalencia entre nihilismo y técnica?

El punto más delicado y más importante del pensamiento heideggeriano se juega aquí y es lo que él llama la "diferencia ontológica", es decir la diferencia entre el ser y el ente. El olvido de esta diferencia es lo que define a la metafísica -para la cual, podrá decirse, la palabra esencial es la palabra "ser" y Heidegger sin embargo quiere hacernos creer que en cambio lo decisivo en ella es el "olvido del ser". ¿Cómo puede Heidegger decir semejante cosa siendo que la palabra ser es la principal de la lengua-metafísica, la más recordada e invocada?

Heidegger está diciendo algo relativamente simple. La metafísica (es decir la filosofía occidental en su conjunto, incluidas las posiciones que han querido abjurar de ella como el positivismo, el marxismo, la filosofía analítica, etc., que no son sino variedades suyas; incluso el pensamiento nietzscheano es para Heidegger metafísico y nihilista él mismo, y Nietzsche es considerado por Heidegger -esta es la tesis fuerte de su interpretación- como el "último metafísico"), la metafísica, entonces, aunque ha usado todo el tiempo la palabra ser nunca ha pensado al ser sino que se ha referido a un ente: dicho más brevemente, ha tratado al ser como si fuera una cosa (de igual manera que la teología ha tratado siempre a Dios como si fuera un ente -aunque sea como ente supremo, esto es aquí irrelevante- y como un valor); la metafísica ha olvidado la "diferencia que hay entre el ser y los entes". Y ahora nos acercamos al punto central de la paradoja.

Si el ser no es una cosa, si no es "algo", ¿qué es? Heidegger va a decir algo sorprendente: la pregunta "¿qué es?" -la vieja pregunta por la esencia, por la quidditas, puede ser sólo remitida a las cosas, podemos sólo de una cosa preguntar ¿qué es?, pero es del todo inapropiada para preguntar por el ser. En el preciso momento en que preguntamos qué es el ser lo estamos tratando ya como un ente. No podemos preguntar qué es el ser sencillamente porque el ser no es -sólo las cosas son-. Pero si sólo las cosas son y el ser no es una cosa, la única alternativa que nos

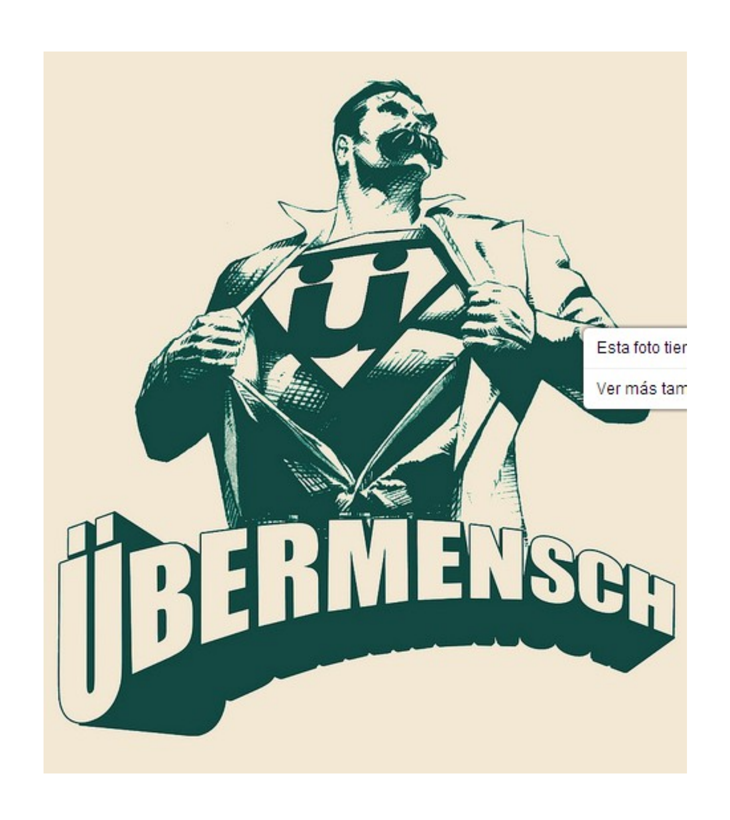
queda, en buena lógica, es que el ser sea nada. Y en efecto es así, pero cuidado. Yo puedo por ejemplo mirar debajo de la mesa para ver si encuentro un lápiz que se me perdió y “no encontrar nada” (en español esa doble negación es desconcertante, en todo caso no tiene el estatuto de una doble negación matemática y decir “no encuentro nada” equivale a decir “encuentro nada” -en vez del lápiz). Pero lo importante aquí es que la nada a la que refiere Heidegger nada tiene que ver con ésta: no es la negación ni lo nulo. Podríamos decir: el ser “es” nada (ya la frase es equívoca porque habíamos dicho que el ser no es), pero no una mera nada, no algo nulo. Que el ser es lo mismo que la nada equivale aquí a decir que es diferente de lo que es algo, o bien, como él dice, que es “la nada del ente”.

Ahora bien, si el ser “es” nada, el olvido del ser es el olvido de la nada (vale decir: el olvido de que esto no es todo, de que la dimensión óntica o éntica, la dimensión de las cosas, no es la única). Si acompañamos a Heidegger aún otro paso más, llegamos al punto decisivo: la técnica y el nihilismo tienen su raíz más honda en el olvido del ser, esto es, en el olvido de la nada. El nihilismo es el olvido de la nada. Pero nihilismo, como su nombre lo indica, pareciera ser lo contrario, justamente una absolutización de la nada: contra los valores, contra el sentido, contra el Fundamento y, sobre todo, contra Dios. Esta idea es precisamente la que Heidegger deconstruye afirmando que nihilismo es el olvido de la pregunta por la nada. El nihilismo se aloja en los valores, el fundamento, el sentido y en Dios -en el sumo ente. La técnica es la consumación, es decir la forma extrema, de este olvido, la técnica es onto-teo-lógica: es la forma desplegada de la ontología y de la teología. Y el hombre, considerado como sujeto, se concibe a sí mismo como amo y señor del ente y, asimismo, como una cosa, como “recurso humano”.

La filosofía de Heidegger no significa ni más ni menos que un paso hacia la pregunta por la nada; la deconstrucción de la metafísica para hacer nuevamente posible la pregunta. El último Heidegger va a referirse al hombre no entonces como un sujeto, ni como el más importante de todos los entes -después de Dios-, sino como Der Platzhalter des Nichts, el que conserva el lugar de la nada, el que cuida el lugar de la nada, el que no se olvida de ella. El que pregunta porqué hay cosas y no más bien nada, el que es capaz de mantener una sensibilidad para esta pregunta fundamental, que, a mi modo de

ver, tiene también una dimensión "práctico-política". La experiencia de la nada es lo que abre la responsabilidad del hombre respecto del mundo -responsabilidad de la que se ve despojado en toda "filosofía de la necesidad" (entendemos por "filosofía de la necesidad" aquella que se articula según el principio de razón suficiente y, básicamente, piensa al ser en orden a un Fundamento que hace que lo que es sea y que sea como es y no de otra forma). La experiencia de la nada significa la salvaguardia, la custodia y la memoria de lo que el mundo inmediatamente no es; una radical ruptura con todo positivismo. La responsabilidad del hombre es no tanto salvaguardar al ente, a lo positivo de lo que se ocupa la ciencia, sino la custodia de lo-otro-del-ente, que a su vez significa la custodia de la posibilidad de que el ente pueda darse de otro modo, de que las cosas sean distintas de como son. Una filosofía de la libertad que enseñe el carácter eventual de las cosas que son, desreifica asimismo los eventos sociales y políticos mostrando que no son ni naturales, ni universales, ni necesarios. Para que esto sea posible el hombre debe "mantenerse en la nada"; sólo así tienen sentido los conceptos de "libertad" y "responsabilidad". En cuanto conserva el lugar de la nada, en cuanto Platzhalter des Nichts el hombre es custodio de la libertad.

En esto radica la crítica heideggeriana del humanismo, que nada tiene que ver con una filosofía deshumanizante en el sentido que se le da vulgarmente al término. El humanismo, también él, sobre todo él, es un nihilismo.



De manera que toda actitud que reaccione frente al nihilismo en nombre de valores, ideales, principios o purezas perdidas de cualquier género que sea, no sólo está destinada a ser una variedad del nihilismo frente al que reacciona, sino que además no ha comprendido el problema en su radicalidad, esto es, que el nihilismo no es sino la forma última y necesaria de esos valores principios e ideales. Nada más

alejado de la filosofía de Heidegger que un conservadurismo de este tipo.

Existe un conjunto de términos similares o muy próximos al nihilismo con lo que sin embargo no debemos confundirlo: pesimismo, escepticismo, decadencia, desencanto, etc. El pesimismo ha sido -y es- una actitud filosófica, que tiene su mayor expresión en el pensamiento de Schopenhauer. Cuando emerge la convicción de que todo se ha desbarrancado hacia el mal y lo vano y de que este mundo, por lo tanto, es el peor de los mundos, un pessimum, entonces aparece la actitud que llamamos "pesimista", la creencia de que la vida no vale la pena de ser vivida ni afirmada y de que toda voluntad es absurda. Es esta la posición de Schopenhauer respecto del mundo. Se habla también, por ejemplo, de un "pesimismo antropológico" en Hobbes, para quien el hombre es un animal sórdido, por no decir siniestro, que busca satisfacer sus apetitos tomando a los otros como medios, que se relaciona con ellos en la medida en que puede obtener algún provecho, en suma, es un "lobo" para sus semejantes -esta antropología en realidad no dejó nunca de acompañar a la modernidad como su línea de sombra, pensemos antes en Maquiavelo, y después en Sade, Nietzsche o Freud. No debemos confundir el nihilismo filosófico con esta perspectiva. Tampoco con el concepto de "decadencia". El nihilismo puede muy bien ser manifestado por fenómenos de fuerza, por convicciones profundas y por "claridades" ideológicas de todo tipo. Por consiguiente, no debemos necesariamente considerarlo como algo que tiene la forma de un crepúsculo ni como una especie de senilidad cultural, sino que puede presentarse como algo que avanza con un gran poder de afirmación y capacidad productiva. Quiero decir que puede constituirse más como un desencadenamiento de fuerzas que como un retroceso de ellas.

A su vez, la fuerza desencadenada no implica ni anarquía ni caos ni destrucción; puede antes bien tener la forma de un orden absoluto y darse como un proceso productivo a gran escala. Nihilismo tampoco significa preponderancia de las pasiones, sino que el mundo de la racionalidad instrumental puede ser su "forma al fin hallada" -lo que no implica que el nacionalista, el fanático religioso o el revolucionario estén a salvo de él por el simple hecho de reivindicar una convicción, no obstante el vacío que se expande en todas direcciones y como reacción frente a ese vacío.



Ni una “apología del nihilismo” -tal como interpreta Vattimo, ni un rechazo reaccionario de nuestra época, según diversas lecturas conservadoras de la obra heideggeriana, es lo que corresponde a la experiencia de Heidegger, que es ante todo una experiencia de pensamiento y una aguda atención -en el doble sentido del término- por el mundo; una experiencia que nos ha legado menos una interpretación de las cosas que una enseñanza respecto a cómo preguntar. Un gusto por la interrogación que desestabiliza cualquier “pensamiento único” y eventualiza lo que la ideología muestra como universal y necesario; un ejercicio de la pregunta concebida casi como máquina de guerra, como herramienta de desinstalación de lo dado, como resistencia a la reificación de los conceptos, de las cosas, de las acciones.

Es por esto que, en sentido estricto, no es posible ser heideggeriano; es por esto que sigue siendo razonable y necesario “trabajar en Heidegger”.

El origen de la vanidad

Víctor Vacells Matas



Tras tres meses en la absoluta miseria, hoy he trabajado dos horas. El empleo ha consistido en destruir papeles. La empresa que me ha contratado no disponía del aparato para destruir papeles y ha concluido que mis aptitudes, sin duda alguna, se ajustaban al perfil requerido. El manager -así se ha presentado el imbécil- me ha sentado en una silla, ha puesto un montón de papeles sobre la mesa y me ha dicho: destruye estos papeles. Estoy muy deprimido. Como ya sabía qué clase de trabajo me esperaba, he tenido la precaución de llevar conmigo un opúsculo de Marvin Harris titulado *Jefes, cabecillas y abusones*. Una lectura amena y acorde con mi posición: el último eslabón; y acorde con mis aspiraciones imposibles: ser un humanista completo. Media hora después de haber empezado mi trabajo ha llegado el manager y ha dicho que los papeles estaban mal destruidos. Tienes que cortarlos en pedazos más pequeños, lo que has hecho no sirve para nada, está mal, podemos ir todos a la cárcel, ha dicho, incluso tú, por no destruir bien estos papeles, a la cárcel. Luego ha hecho una demostración de qué clase destrucción de papeles deseaba y se ha marchado. He quedado solo y tumefacto, y he empezado a leer el opúsculo. ¿Siempre han existido los jefes? ¿Desde el principio de los tiempos han existido los jefes? No.

Creo que existe una inclinación general en todo el género humano, un perpetuo y desazonador deseo del poder por el poder, que sólo cesa con la muerte. Cuando he leído estas palabras de Hobbes he pensado: tiene razón. Pero no la tiene y estamos todos muy equivocados creyendo que la tiene (porque creo que todos habéis pensado lo mismo: tiene razón. Pues no la tiene).

Una de las formas originales de intercambio en las sociedades prehistóricas era la

conocida por el nombre de *intercambio recíproco*. Este modelo ha podido ser investigado por los antropólogos en algunas comunidades tribales, como los Semais de Malasia central o los Kung (o bosquímanos) del norte del desierto del Kalahari. Tres rasgos fundamentales de este modelo:

- Sólo se da en comunidades muy pequeñas (entre 50 y 150 miembros).
-Sólo se da en comunidades que carecen de excedentes.
- Carece de jefes que ostenten algún tipo de poder sobre los demás miembros.

Lo que un miembro de la comunidad recolecta o caza lo entrega a la comunidad, sin excepciones. Un día cazan y recolectan unos, otro día lo hacen otros. Un detalle importante es el siguiente: nadie da las gracias nunca. Esta es una regla de este modelo: allí donde la reciprocidad prevalece realmente en la vida cotidiana, la generosidad debe darse por sentada. *En este contexto dar las gracias resulta ofensivo, pues se da a entender que se ha calculado el valor de lo recibido y, además, que no se esperaba del donante tanta generosidad*. (hay que pensar en este dato y cotejarlo con lo que ocurre hoy en día). El asunto de la ausencia de excedentes se explica de la siguiente manera, en boca de un bosquímano: *Cuando un hombre joven sacrifica mucha carne, puede llegar a creerse un gran jefe o un gran hombre, y se imagina al resto de nosotros como servidores o inferiores suyos. No podemos aceptarlo, rechazamos al que alardea pues su orgullo le llevará a matar a alguien algún día. Por esto siempre decimos que su carne no vale nada. De esta manera atemperamos su corazón y hacemos de él un hombre pacífico*.

En este tipo de comunidades existe, sin embargo, una forma de liderazgo político: los cabecillas. Sin embargo, estos cabecillas carecen de poder y no pueden ordenar nada a nadie. Los Kung tienen diversos líderes reconocidos (o cabecillas). Éstos pueden identificarse porque toman la palabra con mayor frecuencia y porque se los escucha con atención. Son hombres respetados. Pero en ningún caso tienen autoridad sobre los demás. Los cabecillas alcanzan este estatus cuando se ganan el respeto de los demás (siendo mejores cazadores y recolectores pero, *sobre todo*, cediendo su parte de alimento cuando éste escasea o procurando no tener para sí la mejor parte: siendo altruistas y obteniendo como única recompensa tan sólo el ser más respetados).

Así que el cabecilla es la figura más prestigiosa -sin poder- de un grupo en el que todos son iguales.

El problema surge, exclusivamente, con la cuestión de los excedentes. La adopción de la ganadería y la agricultura transforman por completo el sistema económico de las comunidades. Parece ser que cuando se dispuso de más alimentos de los necesarios, el excedente se entregó a los cabecillas, en quienes se confiaba, para que éstos lo redistribuyeran entre los miembros de la propia comunidad. Esto supone un cambio de modelo: del *intercambio recíproco* al *intercambio redistributivo*. Las comunidades recolectoras y cazadoras no lo adoptaron porque dichos excedentes eran tan sólo estacionales y, por lo tanto, puntuales. En cambio, en comunidades, situadas en regiones más fértiles y prolíficas, que desarrollaron la agricultura y la ganadería, los excedentes se hicieron habituales. Inicialmente, los cabecillas que hemos descrito en el párrafo anterior, de acuerdo con su papel original, *procuraron trabajar más duro que sus compañeros, dieron a los demás con mayor generosidad y se reservaron para sí mismos las raciones más modestas*. Puesto que carecían de poder, la compensación que recibían se reducía al *prestigio* que les otorgaba su conducta.
¡El excedente fue el origen del problema! Con el excedente organizaba festines para los demás y eso incrementaba la admiración de la comunidad. Pero, si ofrecer la comida sobrante incrementaba el prestigio, ¿por qué no iban a hacerlo los demás? ¿Por qué no iban a intentar unos cabecillas ofrecer mejores banquetes que otros? El modelo de redistribución supone el fundamento de la vanidad: los cabecillas empiezan a competir entre sí para dar los mejores festines y, por lo tanto, para obtener el mayor prestigio.

Este estadio de la cultura, basado en el modelo económico de la redistribución, puede observarse en los Siuais de las Islas Salomón. Allí los cabecillas son conocidos como *mumi*. Su prestigio depende, precisamente, de la mayor cantidad de excedente que redistribuyen y ofrecen. Por otra parte, también de acuerdo con lo dicho, compiten entre sí por ser el *mumi* más prestigioso. Estos cabecillas son capaces de no comer nada con tal de que los demás coman más y estén satisfechos.

Como se observa, hay una diferencia fundamental entre el modelo de *intercambio recíproco* y el modelo de *intercambio*

redistributivo. En el primer modelo no se dan las gracias nunca porque no hace falta y porque no hay excedentes con los que alguien pueda obtener prestigio sin abnegación. En el segundo modelo se tiene un excedente de comida que no es indispensable, porque las necesidades básicas ya están cubiertas, que se aprovecha y determina los primeros síntomas de diferenciación *de facto* entre los miembros de una misma comunidad. Probablemente ocurrió lo siguiente: los que distribuían ese excedente -entregado en confianza por los demás miembros- empezaron a basar su prestigio, no en la abnegación -en el quedarse ellos sin nada-, sino en la simple entrega, sin sacrificio, de algo que ya no necesitaban: el excedente; un excedente que con el tiempo dejarían de distribuir. Así nació la vanidad, nació la envidia y nacieron las diferencias. O sencillamente se hicieron palpables. Y luego todo lo demás. Esta es la trampa en la que nos metimos.

Y mañana es mi último día como destructor de papeles, último eslabón de la gran empresa a la que me ha sido *concedido* pertenecer.

NSK

ESTADO EN EL TIEMPO

IRWIN

El Estado NSK se creó en 1992 como resultado de la transformación del Neue Slowenische Kunst en el NSK. Estado en el tiempo. El colectivo Neue Slowenische Kunst(NSK) estaba formado por tres grupos fundadores - IRWIN, Laibach y el grupo de teatro Sester Gledališče Escipión Nasice - en 1984, todavía en el marco de la antigua República Federal Socialista de Yugoslavia.



La colaboración, el libre flujo de ideas entre los miembros individuales y los colectivos, un declarado copyleft , que no era limitado ni siquiera con la indicación de autoría, así como la asistencia mutua y la planificación conjunta de movimientos y acciones específicas fueron clave para el desarrollo y la operatividad de NSK, si bien los grupos eran autónomos en sus actividades.

El conocimiento de las condiciones específicas del campo de operaciones del arte en la entonces Yugoslavia, que venía definido en gran medida por la cerrazón del sistema del arte y unas herramientas de legitimación ajustadas a las necesidades locales, nos llevó a una concentración de masa crítica y a la confrontación con el sistema artístico yugoslavo. El antagonismo que se generó de esta manera, tuvo como consecuencia la postura subjetiva de los grupos específicos y del NSK como conjunto. Evidentemente, en estas condiciones de tensión, la responsabilidad de la producción artística y de las reflexiones que ésta activaba, la teníamos únicamente nosotros, y fue precisamente a través este enfrentamiento como establecimos nuestra autonomía. En resumen, la diversidad y la colaboración común fueron la base y la

consecuencia inevitable del posicionamiento del *Neue Slowenische Kunst* en relación con lo cultural y lo político de la realidad de la República Federal Socialista de Yugoslavia.

Con el colapso del socialismo al comienzo de la década de los 90 y la desintegración de Yugoslavia, las condiciones de nuestra actividad cambiaron radicalmente, afectando a la transformación del Neue Slowenische Kunst en el NSK Estado en el tiempo en 1992.

Junto con la aparición de una multitud de nuevos estados, alguno de los cuales, entre ellos Eslovenia, alcanzaban el estatus de Estado independiente por primera vez en la historia, NSK también se objetiva en la forma de Estado. Sin embargo, en lugar de a un territorio, NSK asigna el estatus de estado al pensamiento, que altera sus límites de acuerdo con los movimientos y cambios de su cuerpo colectivo simbólico y físico. En el momento de su formación, el NSK Estado en el Tiempo se definió como un organismo abstracto, un organismo suprematista, instalado en un espacio real socio-político como una escultura, consistente en el calor del cuerpo, el movimiento del espíritu, y el trabajo de sus miembros. De hecho, el estado NSK existe precisamente a través de sus presentaciones en variedad de proyectos, que se suceden a través del tiempo, dibujando su imagen y contenido, y establececiendo múltiples relaciones entre sus ciudadanos, lo que poco a poco permite, a través de la multiplicación y la acumulación, la articulación de necesidades e iniciativas concretas.

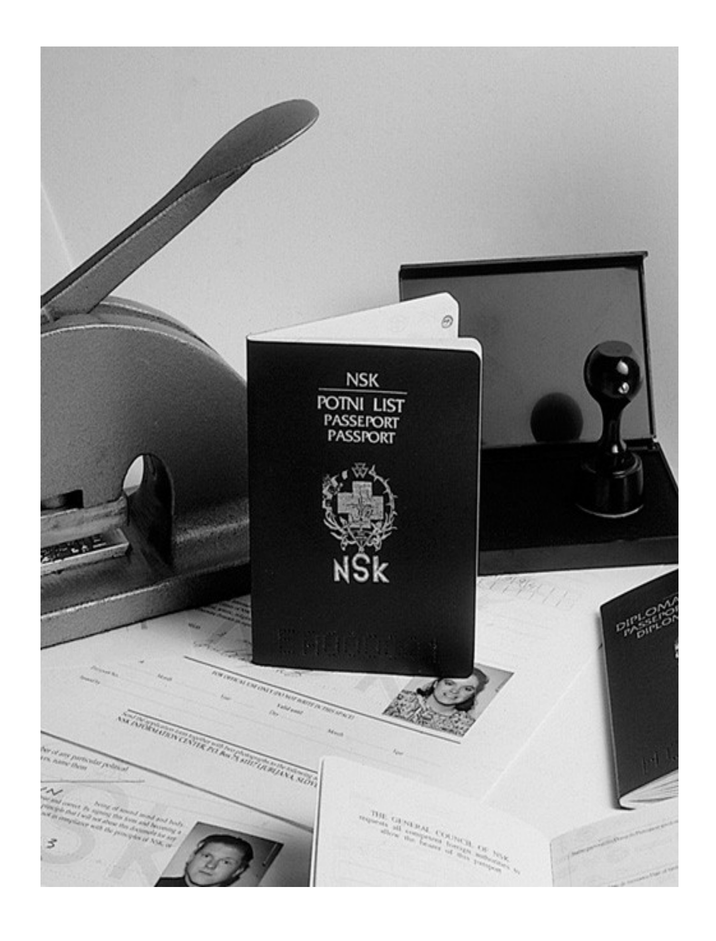
Gracias a las circunstancias particulares a principios de los años noventa, fue posible para nosotros producir los pasaportes del NSK Estado en el tiempo en cooperación con el Ministerio del Interior esloveno. Como resultado, los pasaportes de NSK no difieren de las normas habituales para tales productos en relación con el modo y la calidad de la producción. Hasta ahora varios miles de personas han solicitado y obtenido los pasaportes (1) y los ciudadanos por lo tanto, pueden ser del NSK Estado en el tiempoconservando su nacionalidad anterior, como uno puede imaginar. La mayoría de ellos pueden considerarse como pertenecientes a la llamada "escena del arte''. Este gran grupo de Ciudadanos NSK proviene principalmente de los países desarrollados de Europa Occidental o los EE.UU. Así, la mayoría de la población de NSK viene del llamado Primer Mundo. Las razones para adoptar la ciudadanía de NSK están vinculados principalmente a su interés y

participación en el campo del arte contemporáneo. Aunque numeroso, este no es el único grupo social entre los titulares del pasaporte de NSK.



En el momento en que se comenzó a emitir pasaportes de NSK, en la primera mitad de la década de los noventa, nuevos estados surgían a diario y la guerra en el territorio de la antigua Yugoslavia seguía todavía en curso. Un gran interés por los pasaportes de NSK vino precisamente de estas áreas. El mayor número de pasaportes fueron emitidos en Sarajevo al final de la guerra, en 1995. A pesar de que la mayoría de los pasaportes fueron emitidos para personas relacionadas con el arte contemporáneo, el interés de nuestros pasaportes no es sólo artístico. En aquel momento, los ciudadanos de Bosnia-Herzegovina tenían graves problemas para viajar fuera de su país. Hay muchas historias de cómo los pasaportes NSK han ayudado a la gente a cruzar las fronteras con más facilidad que si hubieran usado el pasaporte bosnio.

Conscientes de que el pasaporte de NSK no permitía el cruce de fronteras nacionales, de que no podía ser un sustituto de los documentos oficiales, muchos de ellos, sin embargo, se arriesgaron a usarlo. Si bien los titulares de pasaporte NSK han estado estrechamente relacionados con el campo del arte, y aunque las razones para poseer el pasaporte varían según el estatus y la condición del titular, es posible sostener que el pasaporte de NSK se entiende como un artefacto que, en ciertos casos y por necesidad, también se utiliza para fines no artísticos.



Hace varios años, las solicitudes de pasaporte NSK empezaron a venir de África: en Nigeria, concretamente de Ibadan. Comenzó lentamente pero en un corto plazo el número de solicitudes de los nigerianos superó las 1.000. Dado que la mayoría de las solicitudes procedían de la misma ciudad, es posible concluir que la la información se propagó de persona a persona. El costo del pasaporte no es alto, pero para los habitantes del llamado Tercer Mundo, es casi insignificante. Es dudoso que el interés de la gente de Nigeria por conseguir el pasaporte NSK esté relacionado con el arte. Parece más probable que en el Tercer Mundo los pasaportes NSK hayan dejado de ser un objeto artístico y se hayan convertido en documentos útiles. Lo que es interesante -además de la forma en que esta información se propaga - es por qué, dónde, para quién y cómo esto es útil.

¿Cómo un objeto simbólico, que ha sido vendido en el mercado del primer mundo durante quince años y es reconocido - independientemente de su ambigüedad o precisamente debido a su ambigüedad - como un objeto artístico puede convertirse en un documento funcional en el Tercer Mundo? (2) En resumen, ¿cómo la palabra se hizo carne? ¿Cómo hemos de entender el encuentro cercano de dos mundos totalmente diferentes; el espacio relativamente complejo, muy sofisticado y abstracto del arte contemporáneo, por un lado, y el política, cultural y económicamente muy desestabilizado Tercer Mundo, donde la mera supervivencia es a menudo un tema clave y donde las personas emigran en masa conducidas por el deseo de una vida mejor? Europa es el destino más codiciado, y año tras año, los medios de comunicación informan sobre las terribles tragedias que muchos de ellos padecen principalmente como víctimas de naufragios durante costosísimos viajes ilegales. Son dos mundos tan distantes entre sí que este encuentro sólo puede ser entendido como una consecuencia

de las actuales tecnologías, de Internet, que permite un flujo de información que antes no existía.

En un nivel completamente diferente, aunque todavía en consonancia con lo anterior, los resultados de la auto-organización de los ciudadanos NSK son cada vez más visibles. Es importante señalar que **NSKSTATE.COM** (iniciado en 2001), el dominio del NSK, donde se puede encontrar toda la información acerca de NSK, está organizado y gestionado por los ciudadanos de NSK y no por el original Neue Slowenische Kunst. La comunicación entre los ciudadanos de NSK se ha desarrollado en torno y a través de este proyecto de Internet, y recientemente ha crecido hasta desembocar en campañas y proyectos conjuntos. Satisfechos por el nivel de auto-organización, propusimos a los ciudadanos la realización de un Congreso de Ciudadanos NSK y compartir la responsabilidad para el desarrollo futuro del estado. El Primer Congreso del NSK Estado en el tiempo se llevó a cabo en octubre de 2010 en la Haus der Kultur der Welt en Berlín. Treinta delegados y 20 observadores de todo el mundo, junto con expertos invitados analizaron la actividad hasta la fecha, formulado conclusiones, y en base a sus resultados tomaron decisiones sobre el futuro del proyecto.

Si bien los resultados del Congreso fueron indeterminados, los meses pasados desde el Congreso han sido suficientes para concluir que se desencadenaron una serie de eventos cuyo impacto en NSK es ya obvio y es probable que lo sea aún más en el futuro. Pero mientras que los desarrollos futuros son aún inciertos, es evidente que las conclusiones del congreso tienen consecuencias concretas para el pasado del NSK Estado en el tiempo. Si tenemos en cuenta que el NSK Estado en el tiempo fue concebido como un proyecto de arte, entonces es necesario admitir que es muy inusual que un "artefacto" se emancipe a tal grado como para formular resultados: un texto en el que con un alto grado de acuerdo se declaran los principios de su propio devenir, mientras que por otra parte, el cuerpo social, al menos eso parece, en gran medida se reconoce a si mismo como un "artefacto".

(1) El número de ciudados NSK en la actualidad es de 16.000

(2) Está documentada la utilización del pasaporte NSK por parte de ciudadanos nigerianos para viajar a otros países africanos.

La praxis

¿primer motor inmóvil de la teleología?

Javier Sampériz Serrat

Entre las múltiples ilusiones que el ser humano asume para vivir en un mundo que pueda comprender, la ilusión del sentido es la ilusión total por excelencia y la que engloba de alguna manera a todas las demás. El sinsentido de la naturaleza, históricamente ignorado de manera consciente o inconsciente por el hombre, produce en este una vertiginosa sensación de pánico que es sistemáticamente compensada por alguna materialización del sentido. Así, el "miedo al vacío" es combatido mediante un disfraz teleológico que permite al individuo creer que su existencia tiene una razón de ser. Pero, ¿de donde viene esa manía humana por encontrar un sentido en todo, o incluso, el sentido de todo? Una mirada atenta al hombre y a sus características más definitorias permiten aventurar, de la mano de György Lukács, un origen más o menos concreto, una genealogía de la teleología que puede situarse en el trabajo, o mejor, en la praxis.

La praxis, entendida como un proceso destinado a obtener un resultado concreto, es el vértice en el que se encuentran la dimensión humana con la natural. Mediante la praxis el ser humano transforma su entorno en función de sus intereses, pero también mediante la praxis se transforma el propio ser humano de manera irreversible, pues asume como propia una relación de fines que no existe en esa naturaleza que intenta transformar. Si bien la praxis por su ontología propia tiende a un conocimiento cada vez mejor y más especializado del mundo natural, no tiene un papel pre-diseñado en el mundo social. La relación que se establece entre las dos esferas, la social y la natural, es una relación mediada por el azar, una relación extrínseca y no intrínseca. La praxis, entendida aquí como la forma original del trabajo, es el nexo que media de manera extrínseca entre el sujeto y el fin. Cualquier idealismo tendería a considerar esta relación como intrínseca y característica del propio individuo, pero una mirada en busca de *lo real* demuestra que nada hay de necesario en la relación entre el trabajo y el sujeto. Considerar esta relación como extrínseca y no intríseca representa tomar una posición que, entre otras cosas, rechaza de lleno cualquier filosofía de la historia y considera el azar como su única base legítima.

Otra de las importantes consecuencias que la asunción de la praxis tiene sobre el hombre es la aparición de conceptos "nuevos" como el valor o el deber. Según Lukács, para entender la formación nodular del concepto valor se debe situar primero el paso del *Soein* al *Anderssein*, el paso del ser-así al ser-diferente. Cierto es que en la naturaleza orgánica esta transformación se produce, pero también es cierto que el éxito o el fracaso del proceso no supone mayores cambios en la percepción por parte de los implicados. Para Lukács, la diferencia fundamental que hace del hombre una especie de valor es la posibilidad que el conocimiento nos brinda para reconocer en el ser-diferente que resulta del producto del trabajo una utilidad social, utilidad social que es en sí misma una objetivación existente. El valor de uso resulta al contrastar el producto de esa transformación con la necesidad social que lo ha generado. El valor de uso es la objetivación de la utilidad. Esta categoría es sumamente compleja y nos devuelve a la recurrente dialéctica mundo-social/mundo-natural. La utilidad no existe en la naturaleza, es una creación humana forzada por la relación teleológica a la que la praxis conduce irremediablemente.

La génesis del deber tiene un funcionamiento similar a la génesis del valor. En definitiva se trata de una relación entre el resultado y la utilidad. Si la relación que genera el concepto valor es una relación estática, podría decirse que la relación fundacional del deber es una relación dinámica entre dos posiciones. La utilidad mantiene su posición final, pero en este caso el resultado de la praxis todavía no existe. Desde una perspectiva finalística, el objeto de la praxis se subordina a su propia utilidad social. Al exigir el trabajo por su propia ontología teleológica un planteamiento cronológico, el deber aparece como una evidencia desde el momento anterior a la materialización de la praxis.

En definitiva, se puede decir que las categorías valor y deber son productos derivados de la praxis que afectan definitivamente a la forma de ser-en-el-mundo del hombre. La estructura teleológica originaria de la praxis impregna al hombre de manera que interpreta su realidad en función de esas dos categorías creadas a través de la praxis, categorías inexistentes en la naturaleza y exclusivas del mundo social. Pero esta real diferencia entre lo natural y lo social no es fácilmente detectable y la consciencia humana llega al punto de autopercibirse como agente de una teleología confusa; es lo que comúnmente se

conoce como el problema del sentido de la vida. En comunidad, la consciencia humana llega a olvidar o a caerse de la genealogía de la que procede. Ahondando en su particularidad, la consciencia, acostumbrada a vivir en un complejo de fines desde su propia génesis, tiende a posicionarse a sí misma en una relación de finalidad. Al rebasar en su búsqueda de sentido las instituciones creadas por la teleología, por ejemplo, la progresión en una sociedad de clases, aquella descubre la sublime decepción del sinsentido.

El "orgullo" de ser español

J. J. Acha

Dijo el ministro Wert: "nuestro interés es españolizar a los alumnos catalanes y que se sientan orgullosos de ser españoles como de ser catalanes…" Se ha dicho todo cuanto puede decirse sobre el verbo "españolizar"; quizás convenga ahora alguna reflexión sobre la invitación a que los ciudadanos se sientan orgullosos de su nacionalidad.

Según el diccionario de la Real Academia el término "orgullo" significa "arrogancia, vanidad, exceso de estimación propia, que a veces es disimulable por nacer de causas nobles y virtuosas." Creo que no se trata de una de las mejores definiciones del diccionario: un significado que la Academia no menciona consiste en la satisfacción y autoestima que provoca alguna acción en la cual hemos tomado parte y que ha resultado exitosa. De cualquier forma, ninguno de estos significados puede aplicarse al hecho de haber nacido y vivir en una nación determinada. Se puede estar orgulloso de un trabajo que hemos realizado y que hemos culminado a satisfacción, de un deporte en el que hemos destacado o incluso de un hijo o discípulo en cuyas virtudes se supone que hemos influido. ¿Pero, podemos estar

orgullosos de haber nacido en un determinado país? Es razonable, por supuesto, recordar con cariño el lugar donde hemos crecido, donde nos hemos enamorado y donde hemos aprendido todo lo que sabemos. Pero ¿llamar orgullo a un hecho tan aleatorio como nuestra nacionalidad? Y, peor aún, ¿convertir ese orgullo en una virtud y hasta en una obligación? Como mucho, podría uno sentirse orgulloso de haber contribuido con sus acciones a engrandecer el lugar donde ha nacido, pero aquí se trata del proceso inverso: enorgullecerse por el hecho de habitar en él, es decir, enorgullecerse de lo que se recibe, no de las propias acciones. No entiendo cómo esa "estimación propia" de que habla la Academia puede tener otro origen legítimo que los méritos propios.

Un componente de todos los nacionalismos –repito, de todos- es la tendencia a exigir obligatoriamente a los habitantes de una nación que se sientan identificados con ella hasta el punto de poner por delante esta pertenencia a otras posible señas de identidad. Lo cual inviste al nacionalismo de un componente casi religioso, otorgando al lugar en que se vive la capacidad de convertirse en fuente del valor personal. Y dejando así de lado las razones que pueden motivar la adhesión al propio país, como refleja bien la siniestra frase de Cánovas del Castillo: "con la Patria se está, con razón o sin ella". Si esta concepción mística de la nacionalidad pudo tener alguna función en tiempos pasados o en situaciones históricas distintas –como en el caso del colonialismo o de la opresión de países débiles por grandes potencias- aquí y ahora carece de sentido.

En estos tiempos en los cuales una globalización financiera amenaza con profundizar todavía más la brecha entre ricos y pobres, tanto entre las naciones como en el interior de cada una de ellas, dedicar las fuerzas a discutir el trazado de las fronteras dentro de una Europa en la cual el problema consiste en la imposición de los intereses de las naciones dominantes a las demás, implica perder lamentablemente el tiempo y facilitar la tarea de esos mercados financieros que operan por encima del poder político, que sin duda observan con satisfacción este desperdicio de energías.

ODIO EL TURISMO

Lansky

Yo…he visto cosas que vosotros no creerías…el color suave del otoño de la mancha húmeda mientras levantan el vuelo los ánades frisos, he visto las calles vacías de turistas de mi ciudad las mañanas de domingo…
Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia en cuanto el turismo descubra mis lugares.

Lansky remedando al replicante Roy Batty (Rutger Hauer)de Blade Runner (ponerle música de Vangelis)

El mundo como un karaoke visual, si tal cosa existiese.

La primera foto que precede a esta entrada hace casi innecesario mi texto. He visto tantas veces a los turistas colocarse aplicadamente uno tras otro y hacer exactamente la misma mala foto (mala no sólo porque el punto de vista era banal, sino porque la luz solía ser inadecuada, demasiado alto el sol por lo común) que me parece un siguiente paso casi inevitable terminar señalizanado no sólo 'qué, sino el punto desde donde fotografiarlo; lo que en otros tiempos con menos cámaras y móviles se llamaba simplemente vista pintoresca, aunque entonces se limitaban a señalar desde donde mirar, ahora además desde donde tirar la consabida foto ('tirar', bien dicho).

Para mi es una peste moderna. El practicante del turismo de masas actual podría ser representado por la conocida imagen de los tres macacos que se tapan respectivamente los ojos, los oidos y la boca: ni ve ni oye ni lógicamente puede contar nada más allá de lo que ya creía saber antes de iniciar su viaje, básicamente lo que le decía la guía o el folleto de viajes. O sea, tal vez no se pueda decir que no vea ni oiga ni diga, pero todo lo que ve, oye y luego contará, es exactamente previsible: lo que ya traía puesto desde su punto de partida. Un viaje circular ya que su destino real es regresar a donde partió y contarlo, absolutamente programada la ida, pero sobre todo indefectiblemente asegurada la vuelta. Así que nada recoge en su supuesto destino, que es volver adonde partió, por lo que viaja, con perdón, como el burro que da vueltas en la noria con las anteojeras puestas, sólo que contento

encima y pagando. Nada distrae al verdadero turista de su obsesión por hacer la foto y mucho menos el lugar donde casualmente se encuentre.

Aparentemente ese turista está en su derecho, como el amante de los karaokes lo está de su afición hortera, pero con una esencial diferencia: estos últimos no destruyen la música más que temporalmente, pero el turismo tiene consecuencias tan nefastas como perdurables sobre sus destinos, a los que devora, y eso sí que es otro cantar. Termina convirtiendo indefectiblemente las ciudades más atractivas —Barcelona, Sevilla, Venecia... — o al menos sus barrios más hermosos —el Trastevere en Roma, barrio de las letras en Madrid, Santa Cruz en Sevilla...— en parques temáticos (naturalmente el 'tema' es el correspondiente y esquemático, por ejemplo, Barcelona, o quizás Gaudí para japoneses, etcétera). Su población sufrirá el proceso de gentrificación (*) subsiguiente, tan inevitable como el pedrisco o la sequía pertinaz o en todo caso como una lluvia sólo parcialmente benéfica, porque beneficia a cuatro empresarios de la hostelería y del turismo de masas, pero molesta al resto nativo que además la sufraga con sus impuestos en servicios utilizados, en un caso más de privatizar beneficios por aquellos pocos y socializar inconvenientes para la inmensa mayoría. O sea, que tampoco respeta ni percibe la triste paradoja de contribuir con su presencia a destruir lo que supuestamente valoraba previamente y que le ha llevado a aquel destino más o menos exótico. A hacer la foto del decorado taxidérmico en que ha convertido algo antaño vivo y hermoso ¿Exagero? No creo. El mundo como policromado pero monótono parque temático, con los miserables retirados del foco y su vida en suspenso. Una sociedad nativa de servicios. Prostituida.

Los turistas miran mucho, más hacia arriba que hacia abajo, y haciendo fotos paradójicamente de lo que no llegan a ver realmente, desplazándose a puntos lejanos en masa, renuncian a esa experiencia privada y personal que es viajar. Y además contaminan: hay cuarto mono, el más importante con el primero que se tapa los ojos, que está cagándose encima de lo que no ve ni oye ni podrá contar, contribuyendo fatalmente a destruir lo que supuestamente valora, lo que le incitó a viajar. Por ello siempre he opinado que el masivo turismo actual (no hablo de las formas originales y

elitistas de viajar acompañado de tutor de las clases altas europeas y sus Grand Tours al alcance sólo de los privilegiados de aquellos tiempos) es frustrante, nocivo y engañoso ¿Será posible que cuando un privilegio elitista se transforma en 'disfrute' de masas inevitablemente también se deteriora a bazofia? No necesariamente, pero para evitarlo más que limitar el número de los que lo disfrutan, aunque convendría evitar masas, habría que educarles, porque sólo se disfruta verdadermente de ciertas cosas desde la cultura y la educación. Y este es el elitismo por el que apuesto, aunque soy escéptico. En los sitios hay que aprender a estar, no limitarse a ir (y volver).

Y es que para mi tengo, que aprender a mirar no es tan fácil, en cualquier aspecto. Ni siquiera el entorno o el paisaje, sobre todo el entorno y el paisaje, ni desvelar los tópicos sobre el paisanaje, esas gentes tan pintorescas como similares a nosotros mismos. Y es desde ese aprendizaje inicial desde donde comienza cualquier conocimiento más profundo. La única forma de aprender ciertos aspectos del mundo circundante, de 'aprehenderlos', de atraparlos comienza por saber qué y cómo mirar, en un proceso de retroalimentación, como todos los educativos, con una crecientemente enriquecedora circularidad que no es precisamente la anterior del bórrico turista enganchado a la tonta noria de los tour operator. En realidad es más bien una espiral que nos conduce de la periferia al centro, y a la inversa, o como una tachuela, ese invento híbrido que es un disco plano que abarca mucho pero sin penetrar, completado con un aguzado pincho que apenas cubre espacio pero en cambio profundiza. De hecho, la recomendación de **Pio Baroja,** hoy tan pertinente**,** de que los nacionalismos se curan viajando no es ya del todo cierta o hay que matizarla con 'cómo' se viaja.

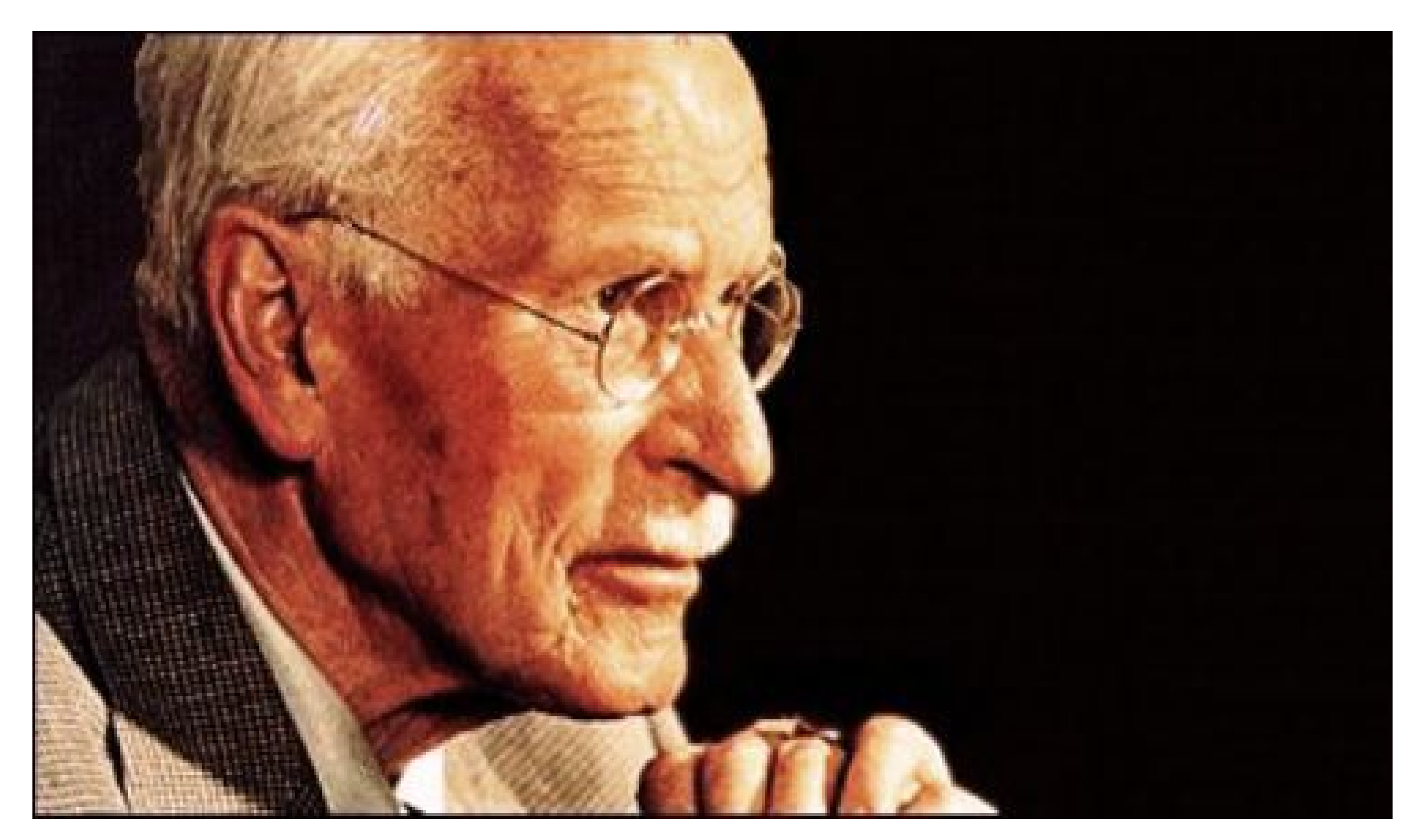
Los turistas harían bien en seguir el consejo de un artista plástico, **Frank Stella** que señala que él no mira hacia adelante porque prefiere mirar bien por donde pisa. Que es una forma de indicar lo importante de tener desarrollado el sentido del aquí y ahora, algo atrofiado en tantos compulsivos itinerantes. Ni el espacio ni el tiempo se adecuan en ellos, como en una especie de anomalía einsteniana, lo que los físicos relativistas llaman una 'singularidad', sólo que la practican millones.

Siempre se ha dicho eso ya tan manido de que el viajero se diferencia del turista porque

este último tiene cerrado el billete de vuelta y aquel no (y más tiempo a su disposición, claro, aunque no siempre más dinero, pero bueno, el tiempo es oro), que viaja' pues con todo bien atado dentro de una burbuja, alojamiento y comidas en todo incluido, una burbuja que lógicamente le aisla y en la que transporta su propio mundo hasta donde hace la foto de esos otros mundos que en el fondo no ve.

En realidad es más sencillo aún, o si se prefiere más chistoso: el viajero no tiene a menudo ni idea de adonde va, mientras que el turista no la tiene nunca de donde ha estado.

(*) **gentrificación** (del inglés, *gentrification*) Deriva de *gentry*, que podría tal vez traducirse como hidalgo o burgués. Se han propuesto otros términos como *aburguesamiento*, *elitización* o *aristocratización;* no me convencen del todo, aunque no soy propenso a los neologismos si hay opciones. Es un proceso de transformación urbana en el que la población original de un sector o barrio deteriorado y con pauperismo es progresivamente desplazada por otra de un mayor nivel adquisitivo a la vez que se renueva. La gentrificación comienza cuando un grupo de personas de un cierto nivel económico *descubren* un barrio que, a pesar de estar degradado y descapitalizado, ofrece una buena relación entre la calidad y el precio y cierto encanto dificil de improvisar y deciden instalarse en él. Estos barrios suelen estar situados cerca del centro de la ciudad o contar con determinadas ventajas, como el estar situados cerca de polos de empleo, etc. El turimo es uno de sus motores o causantes.



Cuando Jung topó con Nietzsche

En su interesantísimo libro autobiográfico Erinnerungen, Träume, Gedanken (Recuerdos, sueños y pensamientos), Carl Gustav Jung describe su encuentro con la filosofía de F. Nietzsche cuando estudiaba medicina en Basilea, en 1898 (en el mismo instituto donde Nietzsche impartió clases como catedrático de filología clásica). Escribe Jung:

Los siguientes semestres me ocuparon tanto que apenas tuve tiempo para mis escapadas a lugares apartados. Sólo los domingos podía leer a Kant. Leía también con interés a E. von Hartmann. Nietzsche estuvo por algún tiempo en el programa, pero dudaba en leerlo porque no me sentía suficientemente preparado. Se discutía entonces mucho sobre Nietzsche, pero se rechazaba casi siempre, con mayor viveza por los estudiantes de filosofía «competentes», de lo que yo sacaba mis conclusiones sobre la oposición reinante en las altas esferas. La máxima autoridad era naturalmente Jakob Burckhardt, de quien se divulgaban diversos juicios críticos en relación con Nietzsche.

Además existían algunos que habían conocido personalmente a Nietzsche y por ello eran capaces de informar acerca de toda clase de curiosidades sobre él, y no precisamente las más simpáticas. La mayoría no había leído nada de él y, por consiguiente, se recreaban en ciertos aparentes equívocos, por ejemplo, en sus caprichos de *gentleman*, en su modo de tocar el piano, en sus excentricidades estilísticas, pura curiosidad que sacaba de quicio a los estudiantes de Basilea de aquel entonces. Estas cosas no me

sirvieron de excusa para aplazar la lectura de Nietzsche —por el contrario, fueron para mí el máximo incentivo—, sino el que se trataba de un miedo secreto a que quizás yo era semejante a él, por lo menos en lo referente al «misterio» que le aislaba en su ambiente. ¿Quizás, quién sabe, había tenido una experiencia interior o ideas de las que quería hablar y desgraciadamente no era comprendido por nadie? Resultaba evidente que era una rareza, o por lo menos pensaba por tal, como un *lupus naturae* que yo en ningún caso quería ser. Me atemorizaba el posible descubrimiento de que yo, como Nietzsche, fuera «también Uno». Naturalmente —*si parva componere magnis licet*—, él era ciertamente un profesor, había escrito libros, es decir, había alcanzado alturas increíbles; es verdad que procedía también de una familia de teólogos, pero en la gran y vasta Alemania, que se extendía hasta el mar, y yo sólo era un suizo que procedía de una modesta casa parroquial de un pequeño pueblo fronterizo. Él hablaba un correcto alemán académico, sabía latín y griego, quizás también francés, italiano y español, mientras que yo sólo sabía expresarme con cierta seguridad en el rudo alemán de Basilea. En posesión de todas estas riquezas podía él permitirse después de todo una cierta excentricidad, pero yo no podía saber entonces hasta qué punto me parecería a él.

Pese a mis temores, sentía curiosidad y me decidí a leerle. Lo primero que cayó en mis manos fueron lasConsideraciones anacrónicas. Quedé fascinado por completo y no tardé en leer Así hablaba Zaratustra. Constituyó, como el Fausto de Goethe, una fuerte conmoción. Zaratustra era el Fausto de Nietzsche, y la número 2 era mi Zaratustra, era —esto me resultó claro— morboso. ¿También la número 2 era anormal? Esta posibilidad me dio un miedo que hacía mucho que no quería reconocer aunque me preocupaba mucho y se me presentaba siempre inoportunamente forzándome una y otra vez a meditar sobre mí mismo. Nietzsche había descubierto tarde a su número 2, transcurrida ya la mitad de su vida, mientras que yo conocía mi número 2 ya desde mi primera juventud. Nietzsche habló ingenua y descuidadamente de este Arrheton, que no se debe nombrar, como si todo esto fuese normal. Sin embargo, yo había visto muy pronto que con ello se adquieren experiencias muy malas. Él era por otra parte tan genial que ya en su juventud vino como catedrático a Basilea sin sospechar nada de lo que le esperaba. Precisamente a causa de su genialidad hubiera debido notar a tiempo

que algo no concordaba. Esto fue pues, pensaba yo, su morboso error: resuelta e insospechadamente había mostrado la número 2 a un mundo en el que nada se sabía ni se comprendía de tales cosas. Estaba dominado por la infantil esperanza de encontrar hombres que compartiesen sus éxtasis y comprendieran la «transmutación de todos los valores». Pero sólo halló filisteos de la cultura; en realidad fue tragicómico que él mismo fuera de los que, como todos los demás, no se comprendían a sí mismos, cuando se sumergió en el misterio y en lo indecible y quiso ensalzarlo ante una multitud indiferente y dejada de la mano de todos los dioses. De ahí lo ampuloso de su lenguaje, lo recargado de sus metáforas, la ditirámbica exaltación que inútilmente intentaba hacer inteligible este mundo que se basó en datos científicos inconexos. Y así este equilibrista no concordó ni consigo mismo. No conocía a fondo este mundo —«dans ce meilleur des mondes posibles»— y fue por ello un poseso, alguien que sólo podía ser tratado con sumo cuidado por sus adeptos."

El texto citado lo extraje de: Recuerdos, sueños y pensamientos. C. G. Jung, Seix Barral. Barcelona, 1989.



Blalla W. Hallmann

EL EMBAJADOR DEL ODIO

Proclamándose a sí mismo "embajador del odio", Blalla W. Hallmann dijo que "los humanos son sanguinolentos sacos de mierda". Asqueado por la superpoblación



como método capitalista de aumentar su contaminante riqueza, Blalla promovió el recorte de la producción: "Talar el árbol familiar, mientras el mundo entero se va por el desagüe"

Blalla W. Hallmann (1941-1997) nació en Quid, Silesia, un territorio anexionado por los aliados despues de la II Guerra Munldial. Su familia fue expulsada de la región, para terminar en un campo de refugiados en Alemania Occidental, donde Hallman vivió gran parte de su adolescencia. Esta experiencia lo llevó a un sentimiento de marginación del que nunca se recuperó




Arbeit macht frei



totalmente. Años más tarde en una entrevista afirmaría: "Como silesiano, simplemente siempre me sentía avergonzado, me daba vergüenza de esto o aquello, en realidad, de verdad, me daba vergüenza, básicamente, de todo".

Después de terminar sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Nuremberg, Hallman fue invitado por el pintor estadounidense Norman Stiegelmeier a San Francisco. Esto fue en 1967, cuando San Francisco se estaba convirtiendo en la capital del movimiento contracultural estadounidense, y su estancia allí durante los próximos dos años alteraría para siempre a Hallman, para bien o para mal.

Merece la pena citar una carta a sus amigos fechada el 10 de junio de 1968, aunque sólo sea para medir el impacto tuvo América en el joven e ingenuo pintor alemán de Silesia:"Algo está pasando en la política aquí, como probablemente ya habreís oido en Alemania. No podría haber elegido un año más emocionante [para estar aquí]. Dos asesinatos políticos, un año electoral, la Guerra de Vietnam y la guerra civil que se





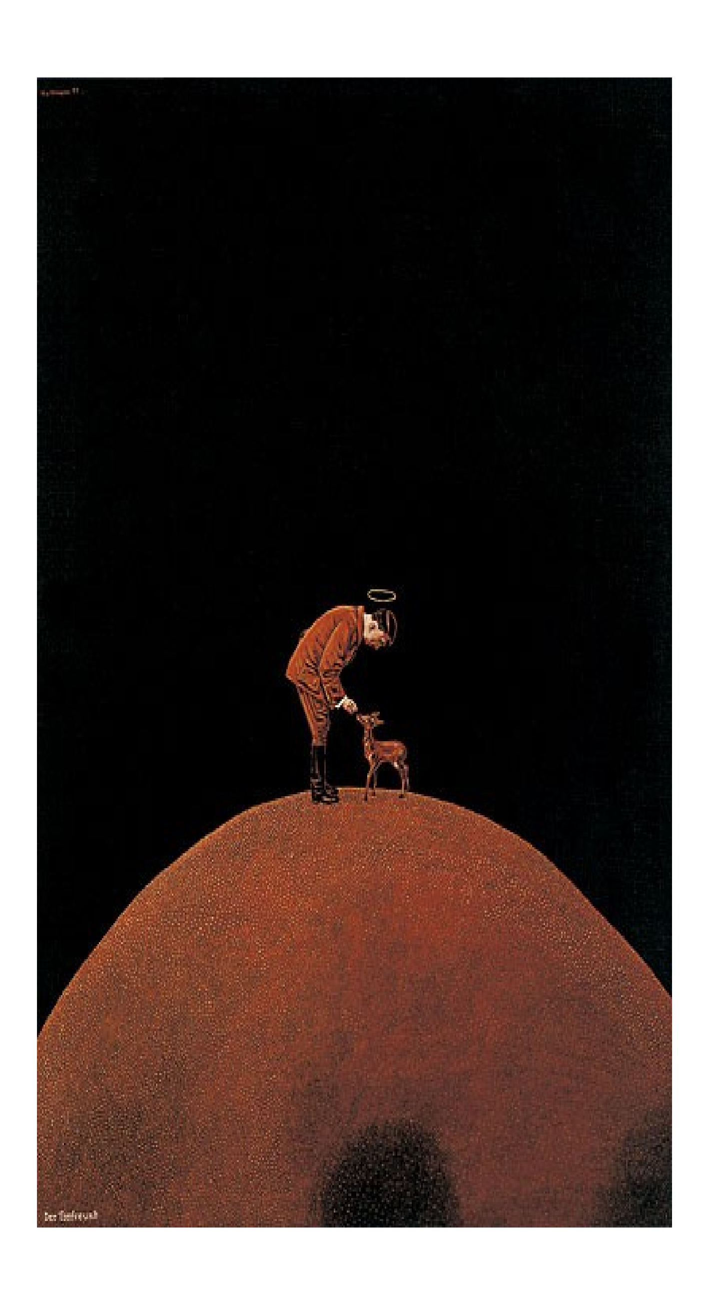
Por desgracia, fue en un verdadero manicomio donde Hallman estaba destinado a poner fin a su gira por Estados Unidos. Aunque los detalles aquí son un poco confusos, básicamente cayó en un estado de psicosis agresivo, violento, sin duda alentado por grandes cantidades de drogas psicodélicas, y fue poco después deportado a Alemania, donde fue diagnosticado como esquizofrénico. A su llegada a Alemania, destruyó la mayor parte de su obra en una suerte de rito simbólico de limpieza . En muchos aspectos, es aquí donde empieza su verdadero legado. Según cuenta Ghazi Barakat en "Los últimos tabúes estéticos" (en Nueva Cultura del Apocalipsis, ed Valdemar): "Blalla fue expulsado de los EE. UU. como persona non grata debido a un episodio de psicosis con drogas mientras enseñaba arte en la Universidad de California State en San Francisco. Su decepción con el capitalismo y la cultura occidental floreció de forma notable cuando fue deportado".

Pero es a principios de los 90 cuando el trabajo de Blalla alcanza su punto más diafano. Con el fin de entender la virulenta crítica social que se encuentra más allá del contenido explicitamente chocante de las pinturas, tenemos que recordar los acontecimientos sociopolíticos que, sin duda, la estimularon. Poco después de que cayera el Muro de Berlín, cuando un sentimiento general de optimismo invadió el país recién reunificado, la gran obsesión alemana era ganar el Campeonato del Mundo de fútbol en 1990. Las tiendas de la Alemania Occidental se llenaron de repente de alemanes del este, todo el mundo quería comprar, todo el mundo quería el marco alemán. El aire estaba inflamado con una sensación de recién recuperado orgullo patriótico y nacional, banderas alemanas flameaban libremente... todo lo cual debió provocar náuseas a Hallman, quien equiparó el nacionalismo y la religión organizada con el fascismo y el genocidio.

Por otra parte, la lealtad de Alemania con América le resultaba repugnante. Hallman había experimentado personalmente los sórdidos aspectos de la democracia estadounidense durante su breve estancia allá. Su odio a la hipocresía inherente en la cultura estadounidense se hizo explicito en una serie de pinturas (Hinterglas- A través del cristal.) Estas pinturas abundan referencias a los personajes de Walt Disney vestidos con diversos disfraces simbólicos (que representan el dinero, la religión, el patriotismo).

El odio de Blalla hacia el Tercer Reich, el Vaticano y los Estados Unidos no se molesta en diferenciar entre los tres. En sus cuadros la cruz y la esvástica son sustituidas por el signo del dólar, siendo el nuevo Dios que hace que el mundo funcione.

Para "celebrar" la reunificación, Blalla pintó la "Serie Negra", doce obras de arte blasfemas sobre Hitler para matar al propio "fascista interior".



Volviendo a Ghazi Barakat: "Al comparar frecuentemente el catecismo religioso y la educación con el abuso infantil, Blalla creía que la historia, el folklore y el legado histórico y el cristianismo son mentiras inventadas para perpetuar las falsedades con las que nos controlan.

Blalla desprreciaba el mundo del arte, a cuyas estrellas, Andy Warhol, Jeff Koons, Gerhard Richter, Sigmar Polke y Joseph Beuys considerada criados aduladores de los ricos. Al subrayar que cada cuadro que estos tíos vendían era dinero que el no ganaba, Blalla creía que los mencionados artistas le estaban robando. Amargado por las exposiciones de galerías y museos, Blalla insistía en que todos los participantes deberían firmar sus cuadros con la frase: "¡Mentí!".

Preguntado sobre por qué había tanta mierda en sus obras, Blalla contestó: "Porque todo es mierda... Tardarán mucho tiempo en anunciar un perfume con una modelo preciosa posando al lado de un zurullo".

Crates: Cínico

Marcel Schwob



Nació en Tebas. Fue discípulo de Diógenes y también conoció a Alejandro. Su padre, Ascondas, era rico y le dejó doscientos talentos. Un día fue a ver una tragedia de Eurípides y se sintió inspirado ante la aparición de Telefo, rey de Misia, vestido como un mendigo y con una canasta en la mano. Se levantó en medio del teatro y en voz alta anunció que distribuiría entre quienes los quisieran los doscientos talentos de su herencia, y que desde ese momento le bastarían las ropas de Telefo. Los tebanos comenzaron a reír y se amontonaron frente a su casa; pero él se reía más que ellos. Les arrojó su dinero y sus muebles por las ventanas, tomó un manto de tela y una alforja, y se fue.

Llegó a Atenas y anduvo vagando por las calles; para descansar apoyaba las espaldas contra las murallas, al lado de los excrementos. Puso en práctica todo lo que aconsejaba Diógenes. El tonel le pareció superfluo. Crates opinaba que de ninguna manera el hombre es un caracol ni un crustáceo. Vivía entre la basura, completamente desnudo, recogiendo cortezas de pan, aceitunas podridas y espinas de pescado para llenar su alforja. Solía decir que su alforja era una ciudad amplia y opulenta donde no había parásitos ni cortesanas, y que producía para su rey cantidad suficiente de tomillo, ajo, higos y pan. Así Crates llevaba su patria a cuestas y se alimentaba de ella.

No se inmiscuía en los asuntos públicos, ni siquiera para burlarse de ellos; tampoco le daba por insultar a los reyes. Desaprobaba la actitud de Diógenes, quien un día había

gritado: «¡Hombres, acercaos!», y luego golpeó con su bastón a quienes habían acudido diciendo: «Llamé a hombres, no a excrementos.» Crates era tierno con la gente. Nada lo preocupaba. Se había acostumbrado a las llagas. Lamentaba no tener un cuerpo lo suficientemente flexible como para poder lamerlas, como hacen los perros. Deploraba también la necesidad de ingerir alimentos sólidos y de beber agua. Pensaba que el hombre debía bastarse a sí mismo, sin ninguna ayuda exterior. Por eso no iba en busca de agua para lavarse. Cuando la mugre lo incomodaba, se frotaba el cuerpo contra las murallas pues había observado que así proceden los asnos. Rara vez hablaba de los dioses: no le importaban; lo mismo le daba que los hubiera o no, pues sabía que nada podían hacerle. En todo caso, les reprochaba el haber hecho deliberadamente desdichado al hombre al ponerle la cara en dirección al cielo y privarlo de la facultad que poseen la mayor parte de los animales: la de caminar en cuatro patas. Dado que los dioses han decidido que para vivir hay que comer —pensaba Crates— tendrían que haber puesto la cara del hombre mirando al suelo, que es donde crecen las raíces: nadie puede alimentarse de aire o de estrellas.

La vida no fue generosa con él. A fuerza de exponer sus ojos al polvo acre del Ática, contrajo legañas. Una enfermedad desconocida de la piel lo cubrió de tumores. Se rascó con sus uñas, que no cortaba nunca, y observó que de ello sacaba un doble provecho pues, al mismo tiempo que las iba gastando, sentía alivio. Sus largos cabellos llegaron a parecerse a un felpudo, y los dispuso de manera que lo protegieran de la lluvia y del sol.

Cuando Alejandro fue a verlo, no le dirigió palabras mordaces, pero lo consideró un espectador más, sin hacer ninguna diferencia entre el rey y la muchedumbre. Crates no tenía opinión sobre los poderosos. Le importaban tan poco como los dioses. Sólo le preocupaban los hombres y la manera de pasar la vida con la mayor sencillez posible. Las recriminaciones de Diógenes le causaban risa, lo mismo que sus pretensiones de reformar las costumbres. Crates se consideraba muy por encima de cuestiones tan vulgares. Transformaba la máxima inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, y decía: «Vive tú mismo.» La idea de cualquier conocimiento le parecía absurda. Sólo estudiaba las relaciones de su cuerpo con lo que éste necesitaba, tratando de reducirlas

tanto como fuera posible. Diógenes mordía como los perros; Crates vivía como los perros.

Tuvo un discípulo llamado Metrocles. Era un joven rico de Maronea. Su hermana Hiparquia, bella y noble, se enamoró de Crates. Hay testimonios de que se sintió atraída por él y de que fue a buscarlo. Parece imposible, pero es cierto. Nada la desalentó: ni la suciedad del cínico, ni su pobreza absoluta, ni el horror de su vida pública. Él le previno que vivía como los perros, en las calles, y que buscaba huesos en los montones de basura. Le advirtió que nada de su vida en común sería ocultado y que la poseería públicamente cuando tuviera ganas, como los perros hacen con las perras. A Hiparquia eso no le extrañó. Cuando sus padres trataron de retenerla, ella amenazó con matarse. Le tuvieron piedad. Entonces abandonó el pueblo de Maronea, desnuda, con los cabellos sueltos, cubierta sólo con un viejo lienzo, y vivió con Crates, vestida igual que él. Se dice que tuvieron un hijo, Pasicles, pero no hay nada seguro al respecto.

Parece que esta Hiparquia fue buena y compasiva con los pobres. Acariciaba a los enfermos y lamía sin la menor repugnancia las heridas sangrantes de los que sufrían, covencida de que estas personas eran para ella lo que las ovejas son para las ovejas, lo que los perros son para los perros. Si hacía frío, Crates e Hiparquia se acurrucaban contra los pobres y trataban de trasmitirles el calor de sus cuerpos. Les prestaban la ayuda muda que los animales se prestan unos a otros. No tenían preferencia por ninguno de los que se acercaban a ellos. Les bastaba con que fueran seres humanos.

Esto es todo lo que llegó a nosotros de la mujer de Crates; no sabemos cuándo ni cómo murió. Su hermano Metrocles admiraba a Crates y lo imitaba. Pero nunca tuvo tranquilidad: su salud estaba perturbada por flatulencias continuas, que no podía retener. Se desesperó y resolvió matarse. Crates se enteró de su desgracia y quiso consolarlo. Comió una buena cantidad de lupines y se fue a ver a Metrocles. Le preguntó si era la vergüenza de su enfermedad lo que lo afligía tanto. Metrocles confesó que no podía soportar su desgracia. Entonces Crates, inflado por los lupines, soltó unos cuantos gases en presencia de su discípulo y le hizo ver que la naturaleza sometía a todos los hombres al mismo mal. Luego le reprochó que hubiese sentido vergüenza y le puso su

propio ejemplo. Soltó después unos cuantos gases más, tomó a Metrocles de la mano y se lo llevó.

Los dos anduvieron mucho tiempo juntos por las calles de Atenas, seguramente con Hiparquia. Hablaban muy poco entre ellos. No sentían vergüenza por nada. Aunque revolvían los mismos montones de basura que los perros, éstos parecían respetarlos. Cabe pensar que, de haber estado muy hambrientos, se habrían peleado con ellos a dentelladas. Pero los biógrafos no mencionan nada por el estilo. Sabemos que Crates murió viejo; que terminó por quedarse en un mismo sitio, recostado bajo el alero de un galpón del Pireo donde los marineros guardaban los bultos del puerto; que dejó de vagar en busca de algo que roer; que no quería siquiera extender el brazo; y que un día lo encontraron desecado por el hambre.

Arte poética

Nechayev

I

Hacer de la poesía un campo de batalla.
Hacer de los instintos armas mortíferas.
Hacer de la noche una emboscada letal.
Hacer del sentido una granada en mano.
Hacer de la vida una guerra sublime.

II

nunca
haran llorar
a esos ojos
(mi logos declamatorio melodrámatico).

mi proyecto político-literario
uno solo,
incendiar la industria de la lengua.

poema:
economía/movimiento/contrastes/hiperbolismo.

este es mi trabajo ocioso sobre la "masa verbal"

y solo quiero decir.